

238

6.

BX1751

CATECISMO DE PERSEVERANCIA

5. V.

1883

PARTI TERCERA

LECCION I

Es propiedad.

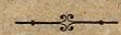


FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
LEON

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.



PARTE TERCERA.



LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I).

Vida de la Iglesia : lucha eterna. — Cuadro del siglo 1. — Día de Pentecostes. — Discurso de san Pedro. — Confirmacion de su doctrina por medio de milagros. — Curacion de un cojo. — Pedro y Juan son puestos en la cárcel. — Iglesia de Jerusalem. — Ananias y Safira. — Eleccion de los siete diaconos. — Martirio de san Esteban. — Ventaja de esta muerte y de la persecucion. — Predicacion del Evangelio en la Palestina. — Simon el Mago. — Conversion de san Pedro.

La historia de los cuatro mil años que preceden al Mesías está resumida en estas tres expresiones: todo para el Cristo, el Cristo para el hombre ¹, y el hombre para Dios.

La historia de los diez y ocho siglos transcurridos desde el nacimiento del Mesías y de todos los que transcurrirán hasta el fin de las edades está resumida tambien en las mismas palabras: todo para el Cristo, el Cristo para el hombre, y el hombre para Dios.

Resulta de esta admirable filosofía, con la cual se explica todo, y sin la cual nada puede explicarse, que la salvacion del linaje hu-

¹ ¡ El Cristo para el hombre! Esta verdad sublime pertenece á la fe. Temiendo la Iglesia católica que llegemos á olvidarla, la proclama todos los dominós en todos los puntos del globo: *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis*, etc.

mano por Jesucristo es el término de la acción divina en el tiempo, y que lejos de no ser nada en el mundo el Cristianismo, como lo pretende la indiferencia de nuestros días, es el centro á donde todo converge, es el eje en torno del cual gira todo el gobierno del universo.

Antes de la venida del Redentor, todos los designios de Dios se dirigen á que se realice su nacimiento en la época y los lugares vaticinados por los Profetas y determinados desde toda eternidad en los consejos divinos.

Después de su venida, todos los designios de Dios se dirigen á establecer, conservar, esparcir por el universo entero, é individualizar en todos los hombres la obra de su redención.

Hemos visto hasta aquí los acontecimientos, los imperios, los reyes y los pueblos sirviendo bajo la mano del Señor, ignorándolo ó sabiéndolo, queriendo ó no queriendo, á la gloria del Mesías, y el mismo espectáculo nos espera en el largo camino que vamos á recorrer. Pero el establecimiento, propagación y conservación del reinado del Mesías no se llevarán á cabo sin esfuerzo, pues la vida de la Iglesia será una perpetua lucha: establecida para continuar la misión de su divino Esposo, es decir, para quitar el pecado del mundo, la Iglesia católica hará su paso sobre la tierra con las armas en la mano. De esto se deduce que no se le podrán imputar las dolorosas consecuencias de esta guerra á muerte, ni las divisiones, odios, trastornos y sangre derramada; porque no es ella quien dió principio á la guerra sino el demonio, el espíritu maléfico, que fué al paraíso terrenal á usurpar el dominio de Dios sobre el hombre y las criaturas.

La Iglesia pudo decirle desde aquel instante lo que dice á todos los herejes en la sucesión de los siglos: «¿Por qué viniste á poner la hoz en mi herencia? ¿quién te dió el derecho de vivir á discreción en ella? Esas almas que has sometido bajo tu yugo, ese mundo donde has sembrado la zizaña del error y del vicio me pertenecen, porque son de Dios, mi esposo y mi padre, pues me los dió al crearlos para que se los conservara y devolviera intactos en el día postrero. Yo soy primera, poseo antes que tú, soy la hija del propietario legítimo, mis títulos son auténticos, y pruebo mi descendencia porque me remonto hasta él; despojada injustamente, vengo á reclamar mis imprescriptibles derechos y á arrojar á los usurpadores, en lo cual no hago más que defenderme. Recaigan, pues,

«sobre tí todas las consecuencias fatales de la lucha, porque tú fuiste el agresor, tú quien continúas atacando, porque viniste el postrero; y has venido el postrero, porque no eres el poseedor legítimo.» Esta verdad, es decir, que la Iglesia católica, aunque continuamente en guerra, nunca es agresora, da origen á una multitud de declamaciones insensatas que los hombres superficiales dan ó reciben como acusaciones graves.

Sin embargo, el genio del mal varia perpetuamente sus medios de ataque para arrancar á la Iglesia una parte de sus nobles conquistas, ó impedir que haga otras nuevas; pero siempre se ve obligado á retirarse.

De modo que cada siglo nos va á presentar dos ejércitos frente á frente: de una parte el error, el demonio, el usurpador del campo del Padre de familia; y de la otra la verdad, el bien, la Iglesia, ó mas bien el Hijo del Padre de familia, viviendo perpetuamente en la Iglesia y manteniendo los intereses de su Padre: de una parte Satanás y su estandarte, y de la otra Jesucristo y su cruz.

Hé aquí el parte del combate durante el siglo 1:

Viendo el demonio que la Iglesia viene armada de una fuerza divina para arrancarle el cetro que le ha usurpado, da el grito de alarma, y acuden bajo sus pendones: 1.º los judíos, cuyo culto simbólico está amenazado de una próxima abolición; 2.º los gentiles, cuyos dioses tiemblan ya sobre sus altares; y á esta imponente fuerza se agrega una nube de herejes, los Nicolaitas, los Ebionitas, los Cerintianos y muchísimos otros. Jesucristo opone al ejército del demonio sus doce pescadores y sus nuevos discípulos. La lucha es continua y sangrienta, pero la victoria no es un solo instante dudosa; en todas partes queda vencedor el Cristianismo. Para reemplazar á los judíos que se niegan á someterse á la verdad, se ven acudir millones de gentiles, y el verdadero Dios es conocido mucho mas allá de los límites de la Judea.

Con objeto de fortalecer el valor de sus tímidos Apóstoles, el Hijo de Dios habia realizado esta guerra eterna cuando les dijera: He venido á arrojar una espada en el mundo: en adelante la guerra será entre todos: entre el padre y la madre, el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, y vosotros estaréis expuestos á toda clase de ataques; pero no temáis, pues se me ha dado la omnipotencia en el cielo y en la tierra. Vosotros me daréis testimonio en Jerusa-

len, en Samaria y hasta en los confines de la tierra. Id, enseñad y bautizad á todas las naciones, pues yo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. Aleccionados en su divina escuela, los Apóstoles sabian á fondo todas las verdades que debian enseñar; sin embargo, para ser no solamente los predicadores, sino tambien los mártires de estas santas verdades, tenían necesidad del auxilio de Dios, y por eso el Salvador habia tenido cuidado de decirles al separarse de ellos: Nada emprendais, permaneced en oracion hasta que seais revestidos de la fuerza por el cielo.

Llenos de confianza en las palabras de su Maestro, los discípulos bajaron del monte de los Olivos, desde donde Jesús acababa de subir al cielo, y volvieron á entrar en Jerusalem acompañados de la Virgen santísima. Libres de todo cuidado se encerraron en el Cenáculo, es decir, en un aposento solitario donde nada podia turbar su recogimiento ni disminuir el fervor de sus oraciones, preparándose de esta suerte á su terrible ministerio, y llamando sobre sí el Espíritu divino que por medio de ellos debia regenerar el mundo. Nunca fueron tan dignamente pedidos los dones de Dios, y en ninguna escuela podemos aprender mejor que en ésta los méritos para alcanzarlos.

No emplearon, sin embargo, todo el tiempo en la oracion. El Salvador habia dicho á sus Apóstoles, al elegirles como los doce patriarcas del pueblo cristiano, que en la época de la regeneracion, cuando el Hijo del Hombre fuera colocado en el trono de su majestad á la diestra de Dios su Padre, tambien ellos se sentarian en doce tronos, desde donde juzgarian á las doce tribus de Israel. Uno de estos doce tronos estaba vacante por la apostasia y desgraciado fin de Judas, y era preciso ocuparlo. Como convenia hacerlo antes que el Espíritu Santo, cuya efusion les habia prometido Jesús, se esparciera sobre el colegio apostólico, Pedro se levantó en medio de la asamblea, compuesta de cerca de ciento veinte discípulos, y dijo que era preciso dar un sucesor á Judas, cuya traicion y muerte trágica recordó en breves palabras. Entre los que siguieron á nuestro Señor Jesús, añadió, durante todo el tiempo que vivió entre nosotros, contando desde el Bautismo de Juan hasta el dia en que el divino Maestro desapareció de nuestra vista para volver á subir al cielo, elegid uno que dé testimonio á la verdad de su resurreccion. Presentáronse dos; el uno fué José, que era llamado el Justo, y el otro Matías.

Ambos eran dignos del apostolado, si este podia merecerse; pero ni los discípulos congregados, ni los antiguos Apóstoles, ni el mismo Pedro quisieron encargarse de la decision, y convinieron en remitir esta eleccion al Señor, á quien todos los presentes dirigieron de acuerdo esta ferviente oracion: Señor, Vos que conocéis á fondo los corazones, mostrad á cuál de los dos habeis escogido. Terminada la oracion echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, que al momento tomó asiento entre los Apóstoles.

El retiro de los discípulos llegaba en tanto á su fin: brilló en el mundo el dia para siempre memorable de Pentecostes. Eran las nueve de la mañana, en el momento en que se hacia en el templo la oblacion de los panes de trigo nuevo, cuando vino repentinamente del cielo un estruendo como de viento impetuoso que resonó en toda la casa donde estaban reunidos los Apóstoles. Á este primer prodigio siguió otro mas sorprendente aun y mas expresivo: vieron aparecer unas lenguas como de fuego que fueron á reposar sobre la cabeza de cada uno de ellos, admirable símbolo de la unidad de creencia y de amor que iba á reinar en el mundo, y fueron todos llenos del Espíritu Santo. Desde aquel momento la Iglesia se halló animada de vida divina é inmortal, y los doce pescadores de Galilea se convirtieron en Apóstoles del Hijo de Dios y cooperadores de su ministerio.

Trocados en hombres nuevos, libertados de todas sus antiguas flaquezas, animosos y llenos de un celo abrasador, comenzaron á hablar diferentes lenguas segun la impresion del Espíritu Santo.

Al momento se esparció por la ciudad la noticia del prodigio; y como aquel dia Jerusalem estaba llena de una multitud innumerable de hijos de Abraham, que habian acudido aquel año de todas las partes del mundo, y en mayor número que de ordinario, porque estaban en la persuasion en todo el Oriente de que iba á aparecer el Mesias, corrieron en tropel al Cenáculo para ser testigos del prodigio. Todos se preguntaban en su asombro: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo es que cada uno de nosotros les oimos hablar al mismo tiempo la lengua de nuestro país? Y habia allí partos y medos, elamitas, hombres originarios de la Mesopotamia, de los montes de Cilicia, de Capadocia, del Ponto, del Asia proconsular, cuya capital era Éfeso, de Frigia, de Egipto, de Libia, situada hácia Cirene, romanos, judíos, árabes y cretenses.

Pedro, acompañado de los once, tomó la palabra en estos términos delante de todo aquel pueblo: El prodigio que os asombra es el cumplimiento sensible del vaticinio de Joel. Hé aquí, decía el Señor por boca de este Profeta, que en los postreros días del reinado de la Sinagoga derramaré mi espíritu sobre toda carne, y entonces haré aparecer prodigios en el cielo y en la tierra, y vuestros hijos profetizarán. Anuncióles en seguida la ruina próxima de Jerusalén, añadiendo que los que creyeran en el Señor no serian víctimas de tan espantosa catástrofe; que Jesús Nazareno, á quien habian crucificado, era verdaderamente el Mesías prometido á sus padres, y les exhortó á que se bautizasen en su nombre para recibir el perdón de sus pecados y los dones del Espíritu Santo.

El efecto milagroso de este discurso fué el convertirse y bautizarse el mismo dia tres mil personas, y además ¡qué nuevo prodigio no fué el cambio que obró la gracia en tantos corazones! Véiase á aquellos fieles de un dia, dóciles á las instrucciones de los Apóstoles y asiduos á la oracion, comulgando juntos en la fracción del pan, es decir, participando en comun del cuerpo y sangre de Jesucristo, realmente presente bajo la especie del pan, y esparciendo con el encanto de sus virtudes el buen olor del Dios cuya gloriosa adopción acababan de recibir.

Dios confirmaba la doctrina de los Apóstoles y la fe de los nuevos fieles con un gran número de milagros que tenian á toda la ciudad en un santo terror. Un dia Pedro y Juan subian al templo á las tres de la tarde, que era un momento de oracion pública para los hijos de Israel, y los pobres estaban ya en las puertas del templo para pedir limosna, pues en todas las épocas se ha supuesto que los que mas frecuentan la casa de Dios son tambien los mas caritativos.

Un hombre de cuarenta años, que habia nacido cojo y que no podia hacer uso alguno de sus piernas, se hacia trasladar allí todos los dias, y le ponian en la puerta del templo llamada la Hermosa, donde pedia limosna á los que entraban. Cuando vió venir á Pedro y á Juan les pidió limosna; los dos Apóstoles le miraron, y Pedro le dijo: Miranos. Persuadido el cojo de que iba á recibir alguna cosa, les miraba con atencion. No tengo oro ni plata, le dijo Pedro, pero lo que tengo esto te doy: En nombre de Jesús Nazareno levántate y anda. Y, al decir estas palabras, Pedro le tomó por la mano, y le ayudó á levantarse. En el mismo punto se

consolidaron sus piernas, y empezó á saltar y á andar; seguro de su curacion, entró en el templo con los Apóstoles, y se puso nuevamente á saltar en presencia de todo el pueblo y á bendecir á Dios.

No hubo jamás un milagro mas incontestable: la admiracion se apoderó de todos los corazones, y se convirtió, si así puede decirse, en un éxtasis general. Reuniéronse en tropel en torno de los dos Apóstoles, y Pedro se aprovechó de este momento para predicar nuevamente el Evangelio. Este segundo discurso fué tan eficaz que convirtió á cinco mil personas.

Los sacrificadores y el capitán del templo, exasperados con tan prodigioso triunfo, prendieron á los Apóstoles y los pusieron en la cárcel. Pedro y Juan pasaron en ella la noche; mas al perder la libertad no perdieron nada de su valor, pues no eran aquellos hombres á quienes hacia temblar la presencia de los enemigos de su Maestro ó la voz de una mujer. Convocóse al dia siguiente el Sinedrin ó Sinedrion, que era el Consejo soberano de la nacion, y haciendo presentar á los dos Apóstoles, les preguntó bajo qué autoridad obraban. Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió con seguridad: Pues que se nos interroga hoy por el beneficio hecho á ese hombre enfermo, y debemos declarar en nombre de quién le he curado, sea notorio á todos vosotros, príncipes y sacerdotes, y con vosotros á todo Israel, que en nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien crucificásteis, pero que Dios resucitó, por virtud de él ha sido curado este hombre.

Todo el Consejo quedó lleno de asombro al ver la firmeza de los Apóstoles, pues sabia que no eran mas que hombres del pueblo. Por otra parte el milagro era incontestable. Despues de haber deliberado, los jueces les prohibieron que enseñaran en nombre de Jesús. Pedro y Juan les respondieron con santa intrepidez: Juzgad vosotros mismos si es junto obedeceros mas bien que á Dios: ¿podemos callar lo que hemos visto y oido cuando Dios nos manda que lo publiquemos? Hiciéronles grandes amenazas, pero sin embargo les dejaron ir libres.

Los dos Apóstoles volvieron al lado de los fieles y contaron lo que acababa de suceder. Toda la asamblea dió gracias á Dios, animándose á publicar mas resueltamente que nunca la divinidad del Salvador Jesús.

El mundo no ha visto nunca espectáculo tan admirable como aque-

lla iglesia de Jerusalem. Todas las virtudes brillaban en ella con esplendor, y la caridad especialmente, esa gran virtud de los cristianos, reinaba allí con imperio absoluto. Los fieles vendían sus bienes, y depositaban su valor á los piés de los Apóstoles que lo ponían en comun. No habia entre ellos ningun pobre; todos juntos no tenían mas que una fortuna, un corazon y un alma.

Sin embargo, uno de estos fieles llamado Ananías, de acuerdo con su esposa Safira, se hizo culpable de una mentira en apariencia muy leve. Tenia un campo, lo vendió, se reservó secretamente una parte de la suma, y llevó la restante á los piés de los Apóstoles. Pedro le dijo: Ananías, ¿por qué has permitido á Satanás que tentara tu corazon hasta el punto de hacerte mentir al Espíritu Santo, y retener una parte del precio que has recibido de tu campo? Esa herencia era tuya y nadie te obligaba á venderla, y no mentiste á los hombres sino á Dios. En el momento que el culpable oia las palabras del Apóstol, cayó muerto á sus piés. Ya podeis figuraros qué santo terror inspiraria esta muerte repentina á todos los fieles; unos mancebos que se hallaban presentes levantaron el cadáver, y lo llevaron segun costumbre á enterrarlo fuera de la ciudad.

Pedro continuó su instruccion que duró cerca de tres horas. Estaba aun hablando cuando se presentó la mujer de Ananías que ignoraba todo lo que habia pasado. Dime, le preguntó san Pedro, ¿la suma que aquí ves es todo el dinero que os han dado por la venta de vuestro campo? Sí, respondió ella. ¿Por qué, añadió el Apóstol, te concertaste con tu marido para tentar al Espíritu Santo? Hé aquí que oigo acercarse á los que han enterrado á tu marido; están en la puerta, y van á llevarte tambien. Al oír estas palabras Safira cayó y murió, y los mancebos que habian dado sepultura á su esposo la llevaron á su lado.

Este doble ejemplo de severidad hizo su efecto; todos quedaron penetrados de la grandeza de Dios y del terror de su justicia. Todos los dias se aumentaba el número de los fieles, y Jerusalem cambiaba insensiblemente de aspecto. Tal vez se hubiera hecho enteramente cristiana si los que la gobernaban no hubiesen sido en su mayor parte hombres impíos y maestros sin religion, pues únicamente trataban de derrocar lo que llamaban la nueva secta. Pero los medios con los cuales se extendia el Evangelio á pesar de sus esfuerzos desconcertaban sus medidas, pues eran milagros constantes, vi-

sibles y continuos. Pedro especialmente los hacia sin saberlo, hasta el punto de que expusieran los enfermos en la calle, y los colocaran sobre sus camas en las plazas públicas, para que si Pedro llegaba á pasar, su sombra tocase cuando menos á alguno de aquellos desgraciados y recobrasen la salud. Acudían á Jerusalem desde todas las ciudades inmediatas, llevando los enfermos y los poseos, y todos eran curados.

¿Cómo podia la Sinagoga tolerar estos progresos del Evangelio? El príncipe de los sacerdotes mandó lleno de ira que encerrasen en la cárcel á los Apóstoles; pero un Ángel los puso en libertad y les mandó que fueran al templo á predicar valerosamente la palabra de Dios. Prendiéronles allí nuevamente para llevarlos ante el Consejo de la nacion. Os hemos prohibido, les dijo el sumo sacerdote, que enseñárais en nombre de ese hombre, y ved que habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis que vuelva á caer sobre nuestras cabezas la sangre de ese hombre. ¡Ah! hé aquí la iniquidad mintiéndose á si misma. Caifás, príncipes de los sacerdotes, ¿no fuisteis los primeros en pedir que su sangre cayese sobre vuestra cabeza y sobre la de vuestros hijos? ¿Por qué imputais á los Apóstoles como un crimen el acusaros de la muerte de ese hombre? Si, como lo sosteniais delante de Pilatos y del pueblo, Jesús de Nazareth era un impostor, ¿por qué temeis las consecuencias de vuestra justa sentencia?

Pedro les respondió sin dejarse intimidar: Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. Esta respuesta, llena de dignidad y de exactitud, irritó de tal modo á aquellos jueces iníquos, que trataron de mezclar la sangre de los discípulos con la del Maestro; pero un miembro del Consejo llamado Gamaliel tomó la palabra y les dirigió este razonamiento: Cesad de inquietar á estas gentes; si su proyecto es obra de los hombres, caerá por sí propio, y si es obra de Dios, en vano trataréis de contener sus progresos.

Adoptóse el parecer de Gamaliel: el Consejo desistió de la sentencia de muerte que acababa de pronunciar, pero mandó vergonzosamente azotar á los Apóstoles, prohibiéndoles severamente que hablasen jamás en nombre de Jesús; despues de lo cual, les volvió á dejar en libertad. Léjos de sentirse humillados, y desanimados, los Apóstoles se retiraron llenos de alegría por haberseles reconocido dignos de padecer un ultraje por el nombre de

su Maestro. ¿Quién puede encadenar las lenguas que el mismo Dios desata? A pesar de los castigos y las prohibiciones de la Sinagoga, los Apóstoles no dejaron de continuar publicando la divinidad del Salvador.

Hasta entonces habian estado encargados de repartir entre los nuevos fieles las limosnas de que eran depositarios; pero el número de los discípulos aumentaba de dia en dia, y los Apóstoles les dijeron: No conviene que dejemos la predicacion de la palabra de Dios para cuidar del servicio de las mesas y arreglar circunstanciadamente lo que debe darse á cada uno; buscad entre vosotros y escoged siete varones de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y dotados del don de sabiduria, para que los encarguemos de esta ocupacion, y nosotros emplearemos el tiempo repartiéndolo entre la oracion y la predicacion de la palabra.

La proposicion de los Apóstoles fué aceptada unánimemente; se procedió á la eleccion, y cayó la suerte en Estéban, Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolás. Los Apóstoles ratificaron la eleccion, oraron todos juntos sobre los nuevos elegidos, é imponiéndoles las manos, les confirieron el orden del diaconado, instituido por Jesucristo para dar á los obispos y á los presbíteros ministros inferiores en las santas funciones anejas á su dignidad.

Estéban, el primero de los siete diaconos, era un hombre lleno del Espíritu Santo, y Dios hacia por medio de su ministerio una multitud de milagros que propagaban rápidamente el Evangelio. Los miembros de la Sinagoga quisieron disputar con él; pero Estéban los confundió de tal modo, que resolvieron perderle, con cuyo objeto pagaron testigos falsos para que dijesen que blasfemaba contra Moisés y contra Dios. El Consejo de la nacion se reunió nuevamente, y el inocente acusado fué condenado á muerte. Apoderáronse de él y le condujeron al lugar del suplicio; mientras le apedreaban, el Mártir invocaba á Dios y decia: Señor Jesús, recibe mi alma. Y cayendo despues de rodillas, clamó en alta voz diciendo: Señor, no les imputes este pecado, porque no saben lo que hacen. Y habiendo dicho estas palabras, se durmió en el Señor. Así habia muerto en el Calvario el Jefe de todos los Mártires, y así debía morir el primero de sus imitadores, y el modelo de un millon de otros Mártires.

Estéban, triunfante en el cielo, no debia llorarse, pues la Iglesia misma, que perdía con su muerte un ministro digno de ella, se apro-

vechó en cierto modo de su pérdida; Dios habia dispuesto de tal modo los acontecimientos, que habiéndose alzado con este motivo una persecucion, la palabra de salud, aislada desde Pentecostes en el recinto de Jerusalem, se esparció por las provincias, y desde entonces se pudo decir con razon que la sangre de los Mártires era la semilla de los cristianos.

Se ignora cuánto tiempo duró la persecucion contra la santa iglesia de Jerusalem, ni cuántas víctimas inocentes sacrificó, y únicamente se sabe que uno de sus mas ardientes perseguidores fué un jóven llamado Saulo que guardaba las vestiduras de los verdugos mientras apedreaban á san Estéban, y que siendo partidario adicto de los Fariseos y de los sumos sacerdotes, alcanzó de ellos amplios poderes. Sabemos por él mismo que iba en Jerusalem á todas las casas que le eran sospechosas de cristianismo, que hacia poner en la cárcel á los hombres y mujeres que confesaban á Jesucristo, les hacia atormentar con crueldad, y ordenaba sentencias de muerte, cuya ejecucion se apresuraba á que se llevase á cabo sin tardanza. Tantas violencias no llegaron á intimidar á los Apóstoles; permanecieron constantemente en Jerusalem, pero obligaron á los nuevos discípulos á que se esparciesen por las diferentes comarcas de la Judea y la Samaria, y su dispersion fué la salvacion de los pueblos.

Mientras los Apóstoles, que permanecian en Jerusalem, cultivaban sus primeras conquistas, los discípulos dispersos por el país predicaban el Evangelio de Jesucristo. De modo que aquella furiosa tempestad, que debia aniquilar la Iglesia naciente, solo fué un viento favorable que esparció á lo léjos la buena semilla. Lo mismo sucedió en todas las persecuciones: así nos lo demostrarán los siglos siguientes.

El diacono Felipe bajó á la Samaria y predicó en la ciudad, donde se detuvo: sus discursos, sostenidos por milagros diariamente repetidos, preparaban los ánimos al Evangelio; pero un mago famoso llamado Simon los habia llenado de tal suerte de preocupaciones, que se necesitó mucho tiempo para que sus ilusiones se desvaneciesen. Felipe lo consiguió con tan buen éxito, que convirtió á los pueblos seducidos y al mismo seductor: Simon renunció á la magia, confesó á Jesucristo, y recibió el Bautismo. Luego que el santo Diacono vió su obra asegurada, se apresuró á anunciarlo á los Apóstoles, á quienes colmó de alegría esta noticia; y como Felipe no tenia

facultad de imponer las manos, es decir, de dar la Confirmacion á los nuevos bautizados, la iglesia de Jerusalem envió á Pedro y á Juan á la Samaria para administrar este Sacramento.

En aquellos primeros dias de la Iglesia naciente Dios añadia con frecuencia á las impresiones visibles de su Espíritu dones sensibles que se manifestaban exteriormente, como el don de profecia y el de lenguas. Este maravilloso espectáculo excitó la curiosidad de Simon, y nada le pareció tan glorioso y apetecible como el poder comunicar á los demás aquellos dones extraordinarios. Ofreció, pues, á los Apóstoles una suma de dinero diciendo: Dadme el poder de hacer bajar el Espíritu Santo sobre aquellos á quienes imponga yo las manos. Pérezca contigo tu dinero, le respondió san Pedro, porque has creído que el don de Dios se compraba á precio de oro. Ninguna parte tienes tú en este ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios: Simon no se aprovechó de esta amonestacion, y por el contrario se convirtió en un enemigo personal de los Apóstoles. El baldon de su crimen ha quedado para siempre unido á su memoria, y despues de mil ochocientos años se designa aun con su nombre el tráfico de las cosas santas proyectado por aquel impio.

Habiendo hecho los Apóstoles en Samaria lo que se habian propuesto por la gloria de la Religion, regresaron á Jerusalem, y Felipe continuó su mision y convirtió á uno de los ministros de Candace, reina de Etiopia, que habia ido á adorar en Jerusalem. Despues recorrió todo el país desde Azoto hasta Cesarea. Reinaba aun la paz en estas comarcas lejanas, mas no se habia restablecido en la capital, donde estaba igualmente encendido el odio público, y Saulo continuaba estimulándolo con el mismo ardor.

Un dia en que se hallaba enteramente ocupado en sus proyectos contra los discipulos de Jesús crucificado, sabe que un gran número de israelitas habian dejado en Damasco á Moisés para seguir á Jesús Nazareno; va al punto á presentarse al sumo sacerdote, y le pide cartas y poderes para las sinagogas de aquella ciudad, con objeto de que se le deje en libertad de hacer prender á los prevaricadores y de llevarlos encadenados á Jerusalem. Acéptase su proposicion, y parte á Damasco acompañado de algunos oficiales bajo sus órdenes; y cual corre hácia el redil un tigre sediento de sangre, del mismo modo Saulo apresura su marcha, no respirando mas que sangre y exterminio, cuando súbitamente es detenido.

En medio del dia, dice él mismo contando su conversion al rey

Agripa, quedé deslumbrado por una luz bajada del cielo, que me rodeó por todos lados lo mismo que á los soldados que guiaba; y heridos como de un rayo, caimos todos en tierra. Al mismo tiempo oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?—Señor, respondí, ¿quién eres?—Soy, respondió la voz, Jesús Nazareno á quien haces la guerra. No te obstines mas tiempo, porque te será funesto cocear contra el aguijon. Trémulo y confuso, solo tuve fuerza para decir estas palabras: Señor, ¿qué quieres que haga?—Levántate, me dijo el Señor, entra en Damasco, y allí sabrás lo que debes hacer. Me levanté, pero me habia quedado ciego, y los que me acompañaban me llevaron por la mano hasta Damasco, donde estuve tres dias sin beber ni comer.

Habia en Damasco un discípulo de Jesús llamado Ananías: el Señor se le apareció y le dijo: Vé á la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas á uno de Tarso llamado Saulo. Señor, respondió Ananías, sé todos los males que ha hecho á vuestros santos de Jerusalem, y que ha venido á Damasco á prender á cuantos invocan tu nombre. Vé, Ananías, añadió el Señor, no temas, porque he hecho de Saulo un vaso de eleccion que destino para llevar mi nombre delante de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel. Y Ananías, tranquilizado salió al instante, y habiendo entrado en la casa, puso las manos sobre los ojos de Saulo, y le dijo: Saulo, hermano mio, el Señor Jesús que te se apareció en tu camino me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y aun seguía hablando Ananías cuando cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas, y recobró la vista, y recibió el Bautismo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elegido Apóstoles para anunciar vuestro Evangelio, no solamente á los judíos sino tambien á los gentiles. Dadnos la gracia de recibir vuestra santa palabra con la misma docilidad que los fieles de Jerusalem.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con cuidado esta parte III del Catecismo.*